

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 10

Montevideo, Mayo 25 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

«SUEÑO DE ORIENTE»

A Roberto de las Carreras.

Acabo de leer vuestro libro y me he visto impensadamente en el espejo de mi ropero vetusto. Estoy intensamente pálido. Una rara sensación de voluptuosidad crepita en mis nervios con la sugestión exótica de los rasos orientales. Una fiebre de deseos irradia en mis pupilas, y un temblor sensual estremece mis manos.

He abierto el cofre mágico de mis adormecidas ansias carnales y he soltado las cautivas palomas blancas... ¡oh, dolor! tenían las alas de nieve teñidas con grandes rosas de púrpura!

Acaba usted de guiarme por un extraño laberinto de refinamientos lujuriosos; me ha invitado usted á un suculento banquete de carnes vírgenes aún después de la desfloración; me ha hecho usted entrever un país de sangrientos claveles salpicando un huerto de cupreus ambiciones y de infinitos renacuajos.

Y he vuelto á encender la primera hoja y no he podido menos que condolerme de usted. ¡He leído Montevideo, sí, Montevideo y no París!

Y al recorrer las hojas de la segunda estubo he perdido sin saber en la yema de los dedos, y perdiéndome en el vértigo de sus variaciones tersas, he asistido á las extrañas nupcias del Ensueño y la Carne, copulando en una imposible estrofa de amor. Son la lis y el

elavel, la paloma y el buitre; lo castamente rojo de una pasión y lo sensualmente eucarístico de un idilio...

Me ha hecho usted soñar con senos turgentes y copulantes, con blancas magnolias de un vergel de amores profanos; con caderas enarcadas ó impecables... Me ha hecho enervar los glóbulos, exaltar los nervios y arrojarme á un abismo de deseos imposibles y desesperados.

¡Oh su Lisette, reina y maga de una Stambul ideal, me encandena á su carroza de encantos semi-virgenes!

En un patíbulo lleno de luna, bailando una zambra, debe ser necesariamente bella y en un Triunfo acibillado de flores y ríos, una duquesa de voluptuosidades felinas y modales principescas.

Yo la sueño;— digo mal— usted la forja y yo la adoro á su hechura.

Sus senos, pétreos á las fecundaciones, se verguen como dos mundos de alabastro en cuyo cenit germinaran los rubíes; sus muslos inaccesibles al pellizeo son mórbidos y adorables y su vientre terso como una cúpula de mármol-rosa tiene miedo al fruto legítimo.

Si; es usted razonable. A ciertas mujeres se les debía hacer eternamente vírgenes. Hacer de la mujer una estatua es el sueño de un artista genial, la concepción sublime de un cerebro lleno de raras fantasías y fastuosas fantasmagorías. Usted es el reverso de Pigmalión (y aquí una explicación al caso. Aquél se hizo artista después de abrazar á Galathea; usted es artista sin haber abrazado á Lisette...).

De buen grado petrificaría usted las caderas de su amada; esas caderas que se alzan sobre columnas de pórfido lustral como dos arcos apolíneos agobiados por el peso de dos globos erguidos, y tallados en nieve recogida en una romántica noche de luna.

Su « Sueño de Oriente » ha sido escrito con sangre de cantáridas. A ratos galopan entre ironías y deseos famélicos bocanadas de perfumes sensuales á lo Pierre Louys. De pronto se aparece en la emboscada René de Mazeroy con sus amores de *directes* y *quintesses*, con sus casinos y sus tabernáculos, con sus parisenses adorables y canallescas!...

La modestia no le ataja en la gnerucijada. Es usted lo que debe

ser: un *boulevardier* inderrotable y carnal. Yo creo que algún día Lisette llamará á su puerta. Si hoy no lo hace es porque á pesar de sus deberes de esposa, no están del todo rojos sus azahares.

Sé también que su excitante y filigranado *cachet* será un libro furtivo. Las vírgenes lo leerán en el silencio de la alcoba, después de cerciorarse que nadie las contempla semi-desnudas. Lo leerán al acostarse y usted será el culpable de muchas palideces y de muchas hojeras violáceas que florecerán en sus dueñas con los primeros rayos del sol.

Y feliz usted que recogerá las primeras rosas de las voluptuosidades núbiles, saboreador de gracias vírgenes y de blancuras astrales, nimbadas por aureolas místicas!

¡Otra vez he vuelto á mirarme en el espejo y me doy miedo!

Siento pasos menudos. ¡Es mi novia!

Con permiso, poeta! Voy á esconder vuestro libro y asegurarle en uno de los cajones de mi escritorio con tres vueltas de llave!

Si hoy llegase á mirar con ojos lascivos é impuros á la inocente paloma que viene todos los crepúsculos á hundir sus gracias vírgenes en mis brazos, su libro será el culpable...

Voy á decir á mi novia que no suba...

¡No me pertenezco!

Si os parece beberemos juntos, y al aire libre, un sorbo de absinthio en copa de cristal de Bohemia. El absinthio siempre está pronto á recordar unos ojos verdes que nos han mirado, y el oro los bucles perfumados de una amante que nos ha querido. Creedme; no puede ser poeta el que no lleva en su relicario un rizo de mujer y no ha gustado de la venenosa y exótica dulcamara.

Si está dispuesto á no enojarse hablaré de usted. Estoy solo, y mi novia no volverá hasta el próximo crepúsculo. Ahora podemos hablar tranquilamente.

Hace un rato os llamé perturbador de virginidades; ahora me ocurre llameros explorador de la línea y enamorado de la forma. Un seno caído evoca en vuestro cerebro toda una pesadilla de

Goya, y una cadera equina os maltrata con todas las torturas de Alighieri.

En vuestro cerebro no tienen cabida sino las curvas admirables, las curvas helenas que invitan á la mano al supremo espasmo del tacto. (Reparad que á todo esto no hemos hablado de los ojos de Lisette, ni de su boca y sus cabellos).

La belleza de la forma reside en el busto y las caderas. Una mujer trapezoidal os recordará un mono envuelto en sederías, y un corsé corrigiendo delicadezas, una marquesita pronta á rendirse después del *minué* y antes del *ambigú*...

¡Y de qué manera vuestra pluma festonea sobre el tema escabroso!

A veces el rojo lascivo del deseo va disminuyendo su tonalidad, hasta el rosa puro del candor. Desciende usted de la cumbre de espasmo y la mordida hasta el pedestal místico de una euna blanca.

Banville os ha prestado su lente policromático y Alfredo de Vigny su cetro áureo.

Temo y me alegro que justicieramente os quedéis con ambos.

En vuestro libro hay una confusión adorable: Benvenuto Cellini esgrime los pñuecés y Wateau empuña el cincel.

Es más! Me ocurre usted un sacerdote pecaminoso pontificado en una sinagoga de ~~lujurias~~; en una sinagoga extraña donde las casullas son rojas y los cálices son modelados en ágata con senos de niñas vírgenes. Es usted el gran sabino de las manchas aristocráticas.

Es usted un gran profano y un gran salmista.

En su templo no existe el Cristo que se abre de brazos, sino la Venus que se muere de risa. Las hostias están empurpuradas con sangre tibia y el sacerdote oficia, á mitad de misa, borracho de *champagne*.

En su misal campean las cifras rojas y las viñetas reproducen artísticas posturas del desnudo. Su turíbulo esparce myrras enervantes y provocativas, y el órgano de su pagoda es un gran clavicordio sensual é imposible. Las campanas son de oro y los badajos de cristal de roca.

Monsieur Luzbel vestido de frac es el campanero.

Las gradaciones elegantinas del órgano estorbarían bruscamente las armonías del conjunto y en su imposible clavicordio hay rumores de cortesanas mandolinas y sistros lupercalios.

En una castalia de amores es usted un cisne negro, y en una barranca alfombrada de amapolas y azucenas — gules sobre nieve — un fauno que atado á la roca de una impotencia forzada contempla rabiosa el baño de Susana en un remanso cristalino, que la envuelve en un interminable abrazo de frescor.

Un soplo tropical recorre las páginas de vuestro libro, y el desdén desfallece cansado de voltejear, sobre un tálamo de púrpuras imperiales. Se hipa el supremo cansancio entre un trémulo de violines y se estrangula el último beso en el fondo de una copa donde han bebido muchas bocas sensuales y minúsculas, rocío de granada y zumo de adormideras.

Y sin embargo, al final, os ha rendido vuestra carnalidad! En vez de soplar una trompa de oro en señal de triunfo, buscáis en la cornamusa una nota indefinida, vaga, oscura...

En vuestro libro anochece en plena agonía del sol. No hay crepúsculo. Se pasa vertiginosamente del día á la noche, y las figuras se esfuman por arte de encantamiento.

Pero volvamos á charlar de Lisette. La heroína impera sobre el autor. Éste lo ha querido así.

Creo que vuestra duquesita encerrada en un serrallo, haría morir de amor á un visir pletórico de succulentos y vivientes manjares. En el rojo y tibio estuche de su boca, sorbería leche de cabritas blancas y paladearía mieles excitantes de la Arabia.

Sus ojos — negros diamantes de un país lejano y fabuloso — serían por la noche los ojos fosforescentes de una gata glotona y nunca satisfecha.

Llevemos á Lisette á Sevilla y se morirá de pena. La manzanilla le hará daño y la guitarra le parecerá un grillo muy grande é inarmónico.

En cambio llevemos la heroína á París. (A todo esto ya habrá venido á golpear á vuestra puerta).

Calzará zapatitos con tacos Luis XV y concurrirá á todos los casinos y cafés cantantes; lucirá descotes audaces y bailará el *can-can* con el supremo arte de una Cleo de Mérose.

Hay princesas bailarinas y Lisette, por derecho natural, será una bailarina princesa.

Y en esa atmósfera viciosa de París, recargada de opio, de incienso de cigarros y *calembours* de subido color, Lisette cimbraría sus caderas en un ritmo voluptuoso y floverían brillantes y sombreros en el escenario:

Tendrá las impensadas audacias del eulebreo de las bayaderas. Afrodísia la vestirá de paje para admirar, ante un público de viejos verdes y pecaminosos, el armónico balanceo de sus caderas, bajo el raso rojo con listas de oro leonado...

Lisette desnuda se simboliza en un relámpago de alabastro. Sus largos brazos, mórbidos y tibios, llaman al abrazo y su piel sonrosada está dispuesta á cubrirse de minúsculas rosas de escarlata, como implacables cauterizaciones de tarántulas en la época del celo...

Disculpád si me interrumpo. Siento fiebre en las arterias y visiones en el cerebro. Una flámula erótica recorre mi espina dorsal. Sus extrañas caricias me cosquillean bajo la piel. Voy á ver á Lulú...

Veo, poeta, que mi palidez aumenta y que mi novia va cayendo de su pedestal de inviolables rosas blancas. El pecado me ofrece rosas de púrpura. Vacilo!

No importa! Seré otro nuevo amante disfrazado de marido!

Herrera y Reissig tiene razón: ofreeéis la estriguina en dedal de oro cincelado!

Manuel J. Sumay,

Argentino.

Buenos Aires, en Mayo 1900.

OJOS VERDES

Se oyen frases picarescas, vagan líbricas sonrisas;
Alegría—el ave blanca, de alas gráciles de azahar—
Llega espléndida aromando los ambientes y las brisas,
A besar dos ojos verdes, aún más verdes que la mar!

Y la dueña de esos ojos, reclinada tiernamente
 Junto al bardo que la brinda las endechas de su amor,
 Dulce música sublime que enajena, vagar siente
 En su oído, cual las notas de un oculto trovador.

Sobre el pecho del poeta—ruiseñor enamorado—
 Suave dobla su cabeza que trasciende á *Peau d'Espagne*
 Y los rápidos latidos de aquel pecho emocionado,
 Estremecen sus guedejas y sus rizos de *champagne*.

La *cocotte* de airoso porte, la del chic hijo de Francia,
 La que ostenta sus bellezas en los teatros de París,
 Ha bebido el suave néctar que una mano tersa escancia
 En el ánfora del bardo de un ignoto azul país.

Ese néctar, son las notas de la rauda poesía,
 Los cantares de las harpas armoniosas del amor,
 Que dan vida á su alma muerta, que dan vida á su alma fría,
 Ofrendándola otros mundos de eucarístico blancor.

En sus labios sonrosados vagan místicas sonrisas
 Y Alegría—el ave blanca, de alas gráciles de azahar—
 Llega espléndida aromando los ambientes y las brisas
 A morar en esos ojos, aún más verdes que la mar!

Alfredo Herrera,
 Chileno.

1900, en Mayo. Buenos Aires.

DOS IDEALES

CUENTO

Para LA REVISTA.

I

¡Qué distinta manera de pensar tenían los dos hermanos gemelos! Raúl, el de cabellera blanca y frente de pensador; el melancó-

lico, de ojos azules impregnados de dulzura; el de las largas vigi-
lias consagradas á la cultura del espíritu; el de las utopías nobles,
levantadas; el de los alados ideales; y Daniel, el de tez morena y
deprimido frontal, ojos pequeños, sonrisa solapada, el que repudia
la vida de la idea, el Bentham impúbero, el niño ególogo, con la
intuición de lo útil, que empieza la ruda jornada en pos de un
éxito tangible.

Los dos hermanos se amaban. Discrepaban tan solo en ideales.
Arrastrado el primero por su fantasía, soñador de lo noble, de lo
altruista; aferrado á su vocación el segundo, á lo que él llamaba
«positivo y práctico», disputaban incesantemente sin que el uno
jamás lograra al otro convencer. Pero, fuera de la discusión, Raúl
y Daniel volvían á la cordialidad y á la paz.

II

¡Crecieron! Raúl ingresó á una Facultad; Daniel se empleó con
un banquero. Aquél pasaba sus noches de claro en claro y sus días
de turbio en turbio, consagrado al estudio. Éste, engolfado entre
números y guarismos, y apilando oro y oro por largas horas, oro
ageno, oro tentador, mientras su cerebro bajo la obsesión del inte-
rés hacía mil planes para la posesión futura de tantos caudales
como los que veía desfilar diariamente ante sus ojos.

Raúl recogía anualmente, en cada prueba, en cada examen, un
laurel, un premio á su aplicación y á su talento. Daniel colocaba
en su cuenta corriente del Banco las economías realizadas.

Corrieron los años. Raúl fué abogado. Daniel, á quien un pre-
mio gordo en la lotería y especulaciones afortunadas, le hicieron
dueño de un respetable capital, formó parte de la firma social An-
derson y C.^a, la misma casa bancaria donde se iniciara en la ca-
rrera mercantil.

—¡Ya soy abogado! ¡Ven á mis brazos, querido hermano mío!
Tal dijo, el rubio soñador, al flamante banquero, así que recibió
su grado en colación solemne.

—¡Heme ya, mi buen hermano, convertido en un aristócrata del
dinero! ¡Un abrazo!

Así se expresó, á su vez, el futuro Rostchild, el día mismo en
que firmó su contrato de sociedad, incorporándose á la alta banca.

III

Están de sobremesa ambos hermanos. Entre sorbo y sorbo de licor, y mientras consumen sus respectivos puros, charlan del porvenir.

—¿Sepamos qué es lo que piensas hacer, joven diplomado?... ¿cuáles serán tus rumbos de hoy en adelante?..

—¿Mis rumbos?... Pues es muy sencillo. Soy abogado; si tengo pleitos los defenderé, dedicando á ellos toda la atención posible; y serán para mí los momentos más dichosos, aquellos en que vea, al Derecho y la Razón, triunfantes y victoriosos. Salvar al inocente, defender al débil y al oprimido, y alzar muy alto la voz, protestando con entereza, cuando en el templo de la Justicia vea imperar la venalidad ó la prevaricación. Por último, consagrarme, con el alma y la vida, al bien de mis semejantes, á la felicidad de mi patria y al perfeccionamiento y cultura incesantes de todas mis facultades, hasta llegar á adquirir un grado de ilustración que me permita ver la verdad, nítida, resplandeciente, como sólo pueden verla las inteligencias debidamente nutridas y preparadas.

—Ó, en mejores términos; hacerte un apóstol del más puro altruismo, dejando á un lado los intereses materiales, harlo baladíes para un filósofo de la escuela de Platón, el *divino*... Pero, ¿y el pan nuestro de cada día?... ¿Y las comodidades y el bienestar á que un hombre de tu clase debe legítimamente aspirar?... Sigue mis consejos, hermano, ahora que tienes carrera. Preocúpate de hacer fortuna, que es lo práctico, lo positivo... Abandona ese tu idealismo que sólo á la desolada pobreza conduce; y brillarás, Raúl, y serás astro de primera magnitud, y tu nombre tendrá el lustre que no da la ciencia, ni da el arte, ni da el patriotismo, porque ninguna de estas cosas, desengañate, luce en este siglo como el oro.

Raúl le repuso:

—En vano, Daniel; me aconsejas así: predicas en desierto. Síbaris, la fastuosa, la de la molicie y las riquezas, ¿á qué quedó reducida? ¡A escombros, á la nada! ¿Cuál gloria conquistaron sus habitantes, que vivieron en medio de todos los refinamientos y nadando en medio de la opulencia? ¡Un mote, un mote afrentoso! Tal

queda, hermano, después de la inexorable muerte, de aquellos que sólo á su bienestar personal se dedicaron. Yo entiendo la misión del hombre de manera muy distinta; yo amo todo lo que tú desdeñas, todo lo que tú menosprecias; lo bello, y lo perfecto, y lo bueno; lo que dignifica al espíritu y lo ennoblece y hace del hombre verdadera imagen y semejanza de su Creador. Estudiaré por amor á la ciencia y para con ella ser útil á los demás, y cultivaré el arte, porque él, que es belleza, nos hace sentir todo cuanto de ésta emana, siendo su influencia sobre el alma tan benéfica como lo es para el organismo una fresca brisa vespertina en bochornoso día del cálido estío.

Y Daniel le interrumpió:

—¡Basta! Veo que tu mal no tiene remedio. El porvenir dirá cuál de los dos piensa mejor.

Los puros se consumieron y la conversación languideció. Daniel marchóse á su club, Raúl á su gabinete de trabajo.

IV

Pasaron muchos años. Daniel llegó á ser el rey de la Bolsa. Su fortuna se calculaba en varios millones de pesos. Su tren era el de un Nabab. Sus palacios, sus carruajes, sus caballos de raza, pasaban por ser los más notables de la ciudad. Sus fiestas hicieron época. ¡Era más que los otros! ¡Nadie le sobrepujaba!

Murió. Su entierro fué fastuoso. Todo lo más distinguido de la sociedad hizo acto de presencia. El riquísimo féretro fué depositado en suntuoso mausoleo, obra de celebrado escultor florentino. Oradores brillantes pronunciaron conceptuosas oraciones fúnebres; y todos los periódicos del país y muchos del extranjero, lamentaron en sentidos artículos, la muerte del conocido millonario.

V

Raúl ya no lleva luto por su hermano. Varios años han transcurrido desde su muerte. Nadie habla ya del extinto. Otros mimados de la suerte le han sucedido, y ellos son entonces objeto de la necia admiración.

Su nombre no quedó vinculado á nada útil, á nada bueno, á nada generoso. Nada le debió la patria; nada la humanidad. Ni la instrucción, ni la beneficencia pública, tuvieron que agradecerle cosa alguna. Jamás enjugó una lágrima al infortunado. Su memoria, pues, ni fué execrada, ni fué alabada: *fué olvidada*.

VI

Raúl, el melancólico, el soñador, el de los alados ideales, el de las largas vigiliás consagradas á la cultura del espíritu, vivía dichoso en la quietud de su retiro. Trabajador incansable, cerebro privilegiado, alma de artista, corazón de nobles entusiasmos, llevaba una existencia de proficua y constante labor.

Su nombre tiempo hacía que había traspasado las fronteras de su patria. Su obra fecunda estaba ahí, á la vista de todos. Sus libros y sus escritos; su paso por los Parlamentos, donde su personalidad como orador y como estadista se había destacado con lineamientos simpáticos; sus enseñanzas de la cátedra, que habían quedado estereotipadas en el alma de sus discípulos; sus arranques generosos; su patriotismo austero; su amor por todo lo bello, por todo lo noble y por todo lo grande, serían monumentos perdurables que ensalzarían y harían respetable su memoria ante las futuras generaciones. Fué un sabio y un artista y un benefactor: fué ejemplar...

Murió. En su sepelio no figuraron ni la aristocracia del dinero, ni la de la banca, ni los abolengos vanidosos; ni aún siquiera un ilustre *parvenu*. Pero, en cambio, iban allí, sinceramente desolados, sus discípulos, sus hermanos en ideales, las primeras intelectualidades de su país, y todos los hombres de bien tuvieron noticia de su muerte.

Durmió su postrer sueño en la pobreza. Tuvo que pedir hospitalidad á su hermano en su necropalacio, él, que vivió en la modestia. ¿Qué se dirían, en el silencio de la tumba, Daniel y Raúl, al darse el fraterno abrazo, tras la duradera jornada en pos del ideal acariciado?

Oriol Solé Rodríguez.

HIBERNAL

Para el distinguido escritor Casimiro Prieto Costa.

Bajo el lívido cielo, recorrido
 Por pesados y negros nubarrones,
 Ya sin hojas, sin flores, sin gorriones,
 Se extiende el gramillar adormecido.

¡Y cual urnas vacías, todo nido,
 Se extremece al soplar los aquilones,
 Y los cardos desprenden sus plumones,
 Que son de raso y de metal bruñido!

Cual palidez enferma de agonía,
 Como un ajuar de muerta desposada,
 Cual lápida de mármol, blanca y fría,

Se extiende, inmensa, la hiberna helada,
 Y son sus gotas, lágrimas del día,
 Pétalos blancos de una flor tronchada!

Juan Picón Olaondo.

Mayo 20 de 1900.

HOJAS SUELTAS

(De mi cuaderno íntimo)

SILUETA

... Fulanito carga un voluminoso material de escepticismo y sabe de memoria ese especial diccionario de lamentaciones, en cu-

yas manchadas páginas ha descubierto los anatemas y diatribas que dirige—*plena-facie*—á la humanidad y al mundo. Yo conozco muy bien la versatilidad de mi plañidero amigo en lo tocante á escuela filosófica, pues en el curso de nuestras conversaciones he encontrado más de un motivo para demostrárselo: así es que no me extraña mayormente el falso brillo de esa faz nueva de su espíritu diabólico. Pero... la procesión anda por dentro, y no puedo menos que reírme, con carcajadas locas, de la entonación elegíaca y llorosa de su voz, inexplicable en un muchacho de cierta inteligencia, que maldice de este *miserable mundo*, y olvida que está en él y que en sus antros espaciosos celebra escandalosas orgías, borracho de alcohol y de *placeres*, sin dedicar un ápice de la memoria á sus escépticas divagaciones de costumbre sobre temas *durísimos*, á los cuales no todos nos animaríamos. Yo creo que los que así pierden el tiempo, entre la concepción absurda de la vida y su más absurdo aprovechamiento, tienen conquistados más *derechos* que muchos melancólicos ó maniáticos para ocupar las celdas de un Manicomio. Verdaderos *locos sueltos*, perjudican notablemente al prójimo, y allí donde un escéptico deja caer su ponzoñosa baba, germina un semillero de microbios, destinados á infectar el criterio (casi no le tiene) del primer incauto que encuentran en su mefítico campo de acción...

¡Ah! cuántos Fulanitos conozco, cuántos, que olvidan el descarnado positivismo del día, para renegar del mundo á los veinte años, « ¡viviendo un siglo cada semana! .. » Pompeyo Gener los encerraría en el corral de los miopes de la inteligencia. Ó los llamaría estúpidos, con su habitual franqueza de crítico sensato... Y yo creo que la razón no le falta...

¡Salve, cerebro!

La madre pródiga que engendra ideas y regula entusiasmos en los espíritus que conciben, no pudo encontrar mejor colocación en el conjunto humano, que el elevado salón del cráneo, lleno de luces ignoradas que brotan al menor contacto de influencias externas — cuando no impera el feudalismo de lo anormal — como brotan las

doradas florecillas del calicanto al templado calor de un sol de invierno!.. Desde esa altura se domina el paisaje sereno del universo de las realidades, con sus perennes manantiales de experiencia, llenos de verdad, exuberante de bellezas innegables, frente á frente del mundo falaz, con sus ilusiones mentidas, sus ridículas fantasías arlequinescas, exuberante de bellezas efímeras, de esas que encuentran la muerte en los primeros pasos de su vida!..

¡ Salve, cerebro ! ¡ Bendito eres cuando iluminas el oscuro sendero de la inexperiencia, y enseñas á vivir á los seres que marchan hacia el futuro, fija la vista en el dilatado horizonte de la verdad *ideal* !..

Alfredo Varzi.

Mayo de 1900.

BRONCE FLORENTINO

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

Tiene un cánon bello, raro abracadabra,
Misterioso rito que á la musa evoca
Cuando á la Belleza, novia augusta invoca
Ó del arte escucha la triunfal palabra.

Es cincel su pluma que en el bloque labra
Ya una virgen triste con nevada toca,
Ó una hetaira que á besar provoca
De estatuarios senos y risa macabra.

Es el cortesano del Golconda regio,
Del galante Brummell, del toisón egregio,
Del lirio simbólico y la flor de lis;

Blondo y aristócrata, ama el pergamino
Gloria de sus timbres, y, es un bizantino
Que adora las rubias hembras de París.

† *Cárlos Pío Uhrbach. (*)*

(*) Muerto en una acción de armas el año 1897 en la guerra de Cuba contra España. Carlos Pío Uhrbach era comandante de las tropas cubanas.

LITERATOS ARGENTINOS

LUIS BERISSO

Le conocí en Buenos Aires, á mi regreso de Europa, en el verano de 1897.

Rubén Darío y Julio L. Jaimes (*Brocha Gorda*) me proporcionaron la ocasión de estrechar la mano de aquel brillante escritor, honra y prez de las letras argentinas y que hoy representa una de las más simpáticas figuras, que se destaca con caracteres propios en el desenvolvimiento de la *intelectualidad* americana.

Desde aquella fecha, inolvidable para mis recuerdos, he seguido todo el proceso de su vida literaria, fecunda en obras de verdadero mérito.

Aún conservo en la memoria, á través de la distancia que nos separa, aquellas hermosísimas veladas con que Berisso obsequiaba á sus amigos, haciéndonos amar, haciéndonos sentir la vida del arte.

Allí, en esos que no eran *cevéculos*, pero sí verdaderas congregaciones literarias, se veían las más salientes figuras del mundo literario *bonaerense*.

Como búcaros de perfumadas flores, como rico joyel de deslumbrante pedrería, pasaban allí, dejando huella luminosa en el cerebro, los poemas de Leopoldo Díaz, las «*Prosas*», hoy profanadas, de Darío; las estrofas extraordinarias, admirables, de Leopoldo Lugones; las canciones intensamente sugestivas y melancólicas de Ricardo Jaimes Freire; los versos sollozantes,—gritos de una alma enferma, de Ghiraldo; los sonetos magistrales de Fernández Espiro; los pensamientos profundos de Iraizós; la prosa deslumbrante de Lemoine; la charla ática, incomparable, de Julio L. Jaimes; en fin, todo cuanto el ingenio puede ofrecer de encantador y grato á la memoria.

¡Cómo, después de aquellas sabrosas pláticas, en que aleteaba el pensamiento, semejante á una mariposa inquieta por entre mun-

dos de luz y jardines poblados de visiones,— iba nuestra caravana literaria á contemplar una noche de luna, respirando las brisas del PLATA, bajo los bosques perfumados de *Palermo!*

Hay recuerdos que no se olvidan.

Los tengo yo profundamente grabados en el alma, para la hermosa tierra argentina, cuyos hijos representan, en este medio continente de nuestra América latina, la legión más avanzada de su progreso intelectual y artístico.

¿A qué cimas irán á colocar sus banderas estos *peregrinos* del arte, cuyos himnos, ora alegres, ora melancólicos, resuenan á los cuatro vientos, anunciando la aparición de un nuevo día?

¡Ah! el Arte,— el Ideal, lo Grande, lo Bello, lo Infinito!

He oído decir entre los muchos amigos de Berisso, que jamás tuvo educación universitaria.

Aquella alma que no necesitaba de las trabas del dogmatismo literario, se abrió un día por sí misma á las grandes inspiraciones de la idea.

Algo como una llama luminosa, inextinguible ardía en su cerebro.

Brotó la chispa.

Sus raudales intensos fueron á iluminar el *Santuario*, para él hasta aquel momento desconocido del Arte.

Enamorado del Ideal, atravesó con paso lento, pero seguro, las naves del gran templo — y llegó á sus altares.

Allí ofreció las primicias de su alma pensativa y laboriosa.

Allí está hoy, comulgando la blanca hostia de su fe, de su creencia, de su vida literaria.

Y es desde allí, que ofrece á cuantos le contemplan y le siguen, los más ópimos frutos de su talento, admirablemente cultivado.

El diario, la revista, el libro, reciben cada día de sus manos, impulso prodigioso.

Como Sarcey ó Barbey D'Aurevilly hace de la crítica su más vigorosa arma de combate.

Su frase, en ocasiones atrevida, pero brillante siempre, dibuja hechos, analiza situaciones, esculpe grandes figuras, cuyas líneas, cuyos contornos, cuyo conjunto son obra delicada de concepción artística.

Sus personajes, estudiados ó descriptos con todos los atavíos de la belleza de que él sabe revestirlos, tienen toda la forma *viviente* de las realidades que estudia ó analiza.

Su hermoso libro « *El Pensamiento de América* », publicado hace dos años en Buenos Aires, es una comprobación de esta verdad.

Cuatrocientas y tantas páginas consagradas á estudiar y conocer las más encumbradas personalidades literarias, científicas y políticas de la América latina, bastan por sí solas para dar una idea de todo el proceso evolutivo que ha seguido el pensamiento, durante largos años de no interrumpida labor en nuestro *medio ambiente* literario.

Notas biográficas, descriptas á grandes rasgos, encaminadas á *revelar* siempre en su más alta expresión, la índole, la tendencia ó el genio dominante de las personas á quienes consagra rápidas pero discretas y profundas reflexiones, caracterizan sus escritos.

Berisso corre entonces la escala interesante de la crítica; enumera las bellezas de forma y fondo de los libros que estudia, se identifica con el autor, se apasiona como él, refleja todo el conjunto de ideas que dan vida á las obras magistrales sobre las que discurre.

Su frase, obra de artífice delicado, en que se refleja la palabra clara, brillante, sugestiva; interpreta, por un fenómeno de asimilación sorprendente, todos los movimientos del alma, todas las recias sacudidas del sentimiento, todas las impresiones psicológicas ó morales de los autores que dieron forma á sus ideas.

Seguidlo sino en las distintas semblanzas de su libro.

Ruge como un león encadenado, con Díaz Mirón en las cárceles de Veracruz, invocando la justicia de los pueblos en favor del *gran vencido*; modula gritos de tempestad y cantos de triunfo con el autor de « Prometeo »; solloza en los acentos moribundos de Jorge Isaac; enseña con Sarmiento; predica el dogma de la democracia con Alberdi; canta con gorgojo de alondra enamorada con Guido Spano; puebla la imaginación de las más ricas y vistosas fantasías, con los relatos COLONIALES de Ricardo Palma; estudia la antropología criminal con Magnasco; exalta á la libertad con Chocano;

canta con grandes ideales del espíritu humano con Lugones; sueña con Leopoldo Díaz: hace, en fin, resonar en sus manos una lira gigantesca, extraña, que no es la lira de los *poetas*; pero cuyos acordes, tienen todas las majestuosas resonancias del espíritu y las más hondas vibraciones del sentimiento.

Quien quiera conocer la historia literaria de más de medio siglo en nuestra América latina, lea el interesante libro de Berisso, que si no es completo en el catálogo de los ilustres varones que honran las letras americanas, (omisión que esperamos será enmendada en breve), da al menos una idea aproximada de su desenvolvimiento progresivo.

Belkiss.— ¡ Qué sueño tan hermoso !

Recuerdo que contemplando un día, desde las cimas aún almenadas del morro de *Cintra*, el *Castillo del moro* por un lado, cubierto de naranjos y palmeras; el palacio veraniego de los reyes de Portugal, sobre una hermosa colina rodeada de verdura; el *Tajo* corriendo límpido, silencioso, bajo mis pies, hasta dejar sus aguas en el mar; recuerdo que pensé con pena en las antiguas glorias del pueblo lusitano.

Vi á través de los siglos la figura del rey don Sebastián, muriendo en su atrevida expedición al África; á Vasco de Gama atravesando el cabo de las Tormentas; á *Camoens* cantando en un poema inmortal aquella grande hazaña; al marqués de Pombal haciendo valer los derechos de su Patria en la religión y la política; á Herкулano escribiendo los capítulos magistrales de su historia, y últimamente á... narrando las leyendas de su pueblo y los heroísmos de la « *Arraya-miuda* »; á João de Deus, el poeta egregio, que nacionalizó más que ninguno con sus estrofas hondamente sentidas la poesía lusitana; vi pasar esas figuras luminosas de la historia de aquel pueblo y sentí mi alma entristecida.

El alcázar de los reyes moros, estaba silencioso.

En la sala de los « *Cisnes* » ya no se oía resonar el eco de aquellos cantos varoniles, que recordaba á sus guerreros y poetas.

— ¿ Dónde está el genio, me dije, que hoy haga resonar en su gran lira de oro el ritmo de las augustas, inmortales, inspiraciones

con que los hijos del Lusso cantaban sus amores ó festejaban sus triunfos?

Ese genio se reveló de súbito, con todas las fulguraciones de su potencia creadora.

Se llama *Eugenio de Castró*, autor de *Belkiss*.

Me lo figuro, en sus tiempos de estudiante, bajo los muros claustrales de la vieja universidad de *Coimbra*, entregado por completo á las maravillosas evocaciones del pasado, esculpiendo entre ruinas las figuras más deslumbrantes de los personajes de sus libros.

Soñando con los viajes de Marco Poló; con las *Holiópolis y Ecbatana*, con las ciudades de cien puertas y murallas babilónicas; reconstruyendo así los dramas ya olvidados de otros tiempos con la magnificencia de sus escenas inauditas.

Así en medio de esos ensueños que han debido tener algo de los pavorosos espasmos de lo terrible, ha debido concebir su hermoso poema.

Belkiss, reina de *Saba*, de *Axum* y de *Himyar*, oyendo celebrar tanto la bellezã de Salomón; se siente por él, sin conocerlo, presa de una pasión extraordinaria; gimen sus carnes vírgenes con gemidos de amor desconocido; su espíritu se exalta y llega hasta el frenesí de la pasión que la consume.

Sophexamin su viejo mentor, le predice las funestas desgracias que este amor ha de acarrearle.

« Abandona ese loco amor », le dice, — « consérvate pura si quieres conservarte bella ».

BELKISS nada oye.

« Quiero ir á Jerusalem, quiero ir á donde *mi Señor* » — exclama.

Parten las caravanas de *Saba*, seguidas de esclavas vírgenes y hermosas, que van tañendo sus arpas junto á la real comitiva.

Belkiss llega á Jerusalem; su entrada es una apoteosis.

La muchedumbre la aclama.

Salomón desde sus balcones, derrama á su paso los más olorosos perfumes contenidos en vasos de alabastro.

Aquella noche un sendero de hojas de lirio, enseñó á *Belkiss* el camino del aposento de Salomón.

Cuando la reina de Saba, de Axum y Hymiar regresó al trono de sus mayores, la nube de la desgracia precedía sus pasos.

Compadecidos los dioses al poco tiempo, de la honda pena que laceraba el corazón de BELKISS,— se la llevaron de la tierra.

Pocos momentos antes de su muerte, un emisario regio, enviado de Jerusalem, por Salomón, se presentó ante BELKISS, con el encargo de recoger al Príncipe David, fruto de aquellos amores.

Al popularizar Berisso, en lengua hispana, la hermosa creación de Eugenio de Castro, reputada como una de las más ricas joyas literarias de este fin de siglo, con la admirable fidelidad con que sólo Alcalá Galiano supo traducir del inglés los poemas de Lord Byron, especialmente en *Astarté*; no sólo ha conquistado un lauro más para su fama literaria, sino que ha prestado un positivo servicio á las letras americanas.

Al presentar á nuestros lectores la simpática figura de Luis Berisso, saludamos en él á uno de los más entusiastas y convencidos apóstoles de la propaganda literaria en América.

Sixto L. Ballesteros.

Bolivia—La Paz, Marzo 1900.

MI ITALIANA

Á Arturo Santa Anna.

Yo me hice á mí mismo la promesa
De no amar ni escribir... Ha sido vana,
Y después de cantar á una francesa
Ahora voy á cantar á una italiana.

La mujer que amo ahora no es ingrata.
Me ama... ¡Yo la idolatro! Y no hablo en broma:
Adoro á mi italiana: me arrebató,
Y de París, lector, me paso á Roma!

¡Italia tiene encantos!.. Cuando pienso
Que á causa de otro amor yo quise á Suecia!
Pero este es el más grande, este es inmenso,
Poético y gentil como Venecia!

A un mismo tiempo alegre y afligido,
Estoy lleno de angustias, de ansiedades;
No como, duermo mal, he enflaquecido;
¡Qué pasiones! más bien: ¡qué enfermedades!



ROBERTO DE LAS CARRERAS

¡Y mi musa?.. La pobre está olvidada.
Estará, lo supongo, resentida.
En mis brazos, convulsa, enajenada,
Ahora en vez de ella tengo á mi querida!

¡Qué amor excepcional! Naturaleza
¡Es una gloria tuya! un monumento
Que te alzamos! ¡Qué asombro! ¡Qué grandeza!
¡Y qué acontecimiento!

No hay á que comparar este ardoroso
Fuego de amor: la atmósfera está fría:
No hay guerra, el socialismo está en reposo,
Los volcanes tranquilos. En el día,

No hay nada digno de él. Yo nada advierto,
Ni un dolor grande, ni una gran fortuna!..
Ninguna tierra más se ha descubierto
Y no ha nacido ayer montaña alguna!..

Está el término medio en derredor.
En ese cielo espléndido y profundo
Las estrellas de siempre... Es nuestro amor
La actualidad del mundo!

El universo entero ha de admirarnos!
¡Qué cuatro alas!.. Es ella inteligente:
Cuando hablamos lo mismo que al besarnos
Estamos frente á frente!

Yo le digo hermosuras, maravillas,
Frases que la acarician por millares;
Hablan de Dios mis frases más sencillas,
Y hasta llevo á decir cosas vulgares!

Soy romántico ahora; mas poeta!
Mi musa de otra vez no tiene asilo.
Este amor es la pérdida completa
De mi paz, y el trastorno de mi estilo!

¿Y ella me quiere? Mi alma se encapricha
Y se empeña en dudar... ¡Si no me amara!
Estoy lleno de sombras... Esta dicha
Tan natural es rara!

Mas debo convencerme: soy dichoso.
Seré amado como hoy todos los días,
Y de nosotros dos lo más hermoso,
Será el desprecio por las almas frías!

Nuestro amor entrará en el clasicismo.
¡Qué soberbia, qué espléndida pasión!
Despreciamos el mundo hasta el cinismo,
Y vivimos á pleno corazón!

Cuando están nuestros labios confundidos
Pensamos: este amor es de otra zona,
Y hay en ella temblores y rugidos
Así me gusta más: ¡es mi leona!

¡Quién es capaz de comprender, quién siente
Una pasión como esta?
No es amor de salón, seguramente,
Es un amor que pasa en la floresta.

Ella tiene un ardor
Natural, espontáneo, incalculable,
Y en sus locos empujes, un vigor
Que podría matar: ¡es adorable!

Mas por desgracia, su primer amante
No soy yo; ni el segundo ni el tercero...
A todo llego tarde: es irritante,
Aunque á su corazón llegue el primero

Según ella... Me dice, me asegura,
Que su alma es virgen hasta de un deseo
Que no ha sentido nunca, que no ha amado
Me lo jura... ¡y qué diablo! yo lo creo.

Nos amaremos, pues, querida mía
Y seremos de bronce, de algo fuerte
Para que esta pasión, toda alegría,
Viva á pesar del tiempo y de la muerte.

¡Sólo nuestra embriaguez, nuestros placeres!
¡Sólo tus labios cálidos y suaves!
Desprecio á esas mujeres
Que no son más que vírgenes!..

Que una dicha inmortal sus brazos abra:
El resto será olvido!
¡Qué manera de amar! Esta palabra:
Infinito, por fin tendrá sentido!

¡Gozemos hasta el fin! Yo amo la vida;
Tu amor es una fiesta.
¡Esto es un triunfo! Bésame, querida,
¡No dejemos jamás nuestra floresta!

Roberto de las Carreras.

SOL DE MEDIODÍA

El cielo luminoso, de un azul blanquecino, sin una núbecilla, cae implacable el sol sobre la tierra silenciosa y dormida. En el aire transparente vibra á intervalos el lejano tañido de las campanas de alguna iglesia, como un llamamiento á la meditación y al reposo. Es la hora blanca de los países del sol; la hora cálida de lánguida pereza y de voluptuoso abandono, que despierta la fantasía y aviva las nostalgias en el fondo de las almas soñadoras; en que surgen, intensos, en medio de la quietud de las cosas, los melancólicos recuerdos de la vida, y en aquel mismo soplo de brisa, que llega de lejos cargada de tibios perfumes, pone pálidos de inspiración los rostros de los artistas y húmedos de amor los ojos de las mujeres.

Es la hora apacible de las siestas, en que flotan borrosas las ideas en el dintel del sueño; en que la ancha faja de sol que se desliza silencioso á través de las junturas de las ventanas, despierta vagos anhelos de dicha en las almas juveniles, que aún tienen la vida ante sí, é infinita tristeza en los viejos que extienden sobre sus rodillas sus manos descarnadas y se resisten á la idea de que es forzoso morir.

Es la hora de las limonadas y de los baños de tina en el fondo de las casas silenciosas; la hora en que los gatos duermen sobre las mesas de pino de las cocinas, y en que sobre las azoteas, blancas de sol, las gallinas, espiando con su ojo inquieto y redondo, pasean gravemente, picando aquí y allá bajo la sombra movediza de la ropa puesta á secar.

Del fondo de las casas pobres, de los pequeños patios altos y estrechos, por cuyos ángulos trepan las enredaderas, elévanse en el aire inmóvil voces frescas de mujeres, que cantan golpeando la ropa, con los desnudos brazos metidos en el agua que espejea al sol y refleja el cielo azul y el vuelo de bala de las golondrinas; y allá, en el hueco de una ventana, un loro, desperezándose en su

percha, bate las alas y lanza agudos gritos de alegría, impresionado tal vez, en su oscura memoria de bruto, por el vago recuerdo del país en que nació.

El sol lo inunda todo en un baño de fuego, y por encima del hacinamiento de tejados de la ciudad dormida, brilla en la blanca pared de alguna casa, reverbera en la cúpula de cristales de una iglesia, dora el polvo que flota en los caminos, y va á alegrar, á lo lejos, el verde de los árboles que confunden sus copas inmóviles, en aquel ambiente de horno, sobre el fondo violeta de las montañas. Por las calles estrechas, anegadas en sol, luminosas en los extremos como puertas abiertas sobre la línea azul del horizonte, caminan aquí y allá, lentamente, uno que otro transeunte, como simples puntos negros á lo largo de las paredes blancas, luminosas, interminables, como una fantasía de Gustavo Doré, y al volver de una esquina, á través de una callejuela tortuosa y desierta, dormida en la penumbra ardiente que cae de las altas casas, va un viejo, montado en un burro, vendiendo frutas, al compás del lánguido murmullo de los canastos, y su melancólico pregón se pierde á lo lejos en la calleja silenciosa, bajo la densa sombra de los balcones, haciendo soñar á los niños pequeños que escuchan tras los cristales.

En los conventos los gordos frailes pasean tranquilamente su almuerzo á la fresca sombra de los claustros bordeados de azulejos, y en la dulce placidez de su digestión hallan buena la vida; mientras en los colegios, los muchachos de ojos brillantes y sangre inquieta, sueñan, sobre sus libros abiertos, en locas escapadas á los verdes campos llenos de luz y misterio, donde hay lugares ocultos para bañarse á la sombra de los inmensos árboles cargados de fruta... ¡y encuentran la vida detestable!

En las alamedas solitarias donde se dan cita los amantes, filtra-se el sol á través de las altas copas frondosas, dibujando, vigoroso, en el suelo, el complicado encaje de las hojas inmóviles. Del brazo desnudo de una estatua lánzase un gorrión con las alas tendidas, y de un solo vuelo va á posarse á lo lejos, en el extremo de una rama, donde se mece largo rato cantando; mientras en un banquillo rústico, dos enamorados, con las manos enlazadas, se contemplan sonriendo silenciosos y felices.

En la inmensa paz de los campos se ara la tierra al tardo paso de los bueyes; dulcificados por la distancia flotan, en el aire caliginoso, mugidos lejanos, y al borde de los ríos torrentosos las altas y apretadas cañas inclinan levemente sus penachos en un mismo sentido.

En los lindos pueblecillos dormidos á las orillas del mar, á lo largo de las anchas calles desiertas y polvorientas, no se oye sino el golpear de los blancos toldos, á través de cuyas junturas vese al pasar, en el vaivén de las hamacas, brazos torneados que sostienen un libro, negros ojos lánguidos en que flotan ensueños de amor.

Es la hora en que sobre las viejas casas ruinosas produce el sol esos calientes tonos de luz que buscan los pintores; en que por encima de las azoteas tibias ráfagas de brisa impregnadas del perfume salado del mar traen á intervalos rumores errantes de músicas militares, como perdidos recuerdos de los días de gloria, y surge en el fondo de las naturalezas jóvenes el ardiente deseo de los lejanos viajes, la nostalgia de los países remotos y desconocidos entrevistos en la niñez, y que desfilan como luminosas visiones en el silencio del mediodía. Ya es en el Oriente, en la blanca ciudad de las *Mil y una noches*, dormida en su pasado de opulencia, que retrata sus alcázares en las aguas profundas de algún río, donde, por encima de los jardines de las terrazas, vuelan lentamente, en el cielo azul, bandadas de palomas blancas; por cuyas estrechas y tortuosas calles, que perfuman los limoneros, escúchase al pasar el rumor del agua cayendo en tazones de mármol en el fondo de los amplios patios embaldosados, donde á la fresca sombra de los toldos de seda, hermosísimas esclavas semi-desnudas velan el sueño de su señora, cantándole lánguidas canciones primitivas al son de sus guzlas de oro y nácar. Ya es en el desierto, inmenso y deslumbrador como un océano amarillo; en pleno país del sol, por donde marchan las caravanas al duro trote de los camellos. Ya en los antiguos caminos guerreros, calcinados por el sol, desgastados por el paso de los pueblos cautivos que se sentaron llorando á sus orillas al acordarse de su perdida patria...

Es la hora blanca de los países del sol; la hora cálida de lánguida pereza y voluptuoso abandono, engendradora de poesía y de

arte, cuyo profundo y misterioso encanto comprenden sólo las naturalezas exquisitas y los seres que aman.

Pedro Astete.

Lima, Febrero de 1900.

EN SANTA ANA

Para LA REVISTA.

Árboles seculares y frondosos,
Abruptas peñas y fecundas lomas,
Arroyos transparentes, bulliciosos,
Y bandadas de mirlos y palomas.

Florecillas que esmaltan las praderas,
Corderillos que en ellas van triscando,
Tardes puras, mañanas plácenteras,
Brisa tibia en el bosque suspirando.

Murmullos de las aguas, y del viento
Tristes rumores; y la blanca estrella
Brillando en el azul del firmamento
Cual flor de luz resplandeciente y bella.

Noches de luna hermosas y calladas,
En que se escucha sólo la armonía
De vientos, arroyuelos y cascadas;
¡Noches llenas de amor y poesía!

¡Y en todas partes el recuerdo santo
De mi madre, mis hijos, mis abuelos,
Arrancando á mis ojos triste llanto
En mis noches de penas y desvelos!

Tomás O'Connor d'Arlach,
Boliviano.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

RECUERDOS DE LA GUERRA

EL DÍA DEL COMBATE

El coronel llamó al 2.º jefe y le ordenó que á las 3 menos 14 hiciera aprontar las compañías, sin hacer ruido, y que pasara lista á la sordina. Mandó á un ayudante que ordenara al oficial encargado de la caballada, que á esa hora estuviera á inmediaciones del campamento. Con el mismo oficial que hizo la exploración, hizo transmitir la orden al jefe de caballería, de que se preparara para las 3 1/2 con su división en orden de marcha.

A esa hora, como estaba ordenado, todo se cumplió al pie de la letra; las compañías ensillaron tranquilas sus caballos, permaneciendo cada soldado con el suyo de la rienda, hablando en voz baja con los compañeros cercanos.

Uno de ellos decía—«¿Che, estás durmiendo?; mirá que se moja el fusil en el rocío; ¿por qué en lugar de tenerlo tirado no te lo ponés á media espalda como yo?»—«¿Sí, ya lo voy á acomodar bien, porque la trotada va á ser larga, me parece que es muy de madrugada», contestó el soldado.

—«No sería nada eso de marchar mucho, dijo un soldado encanecido en el servicio de las armas; lo peor es que, por lo que observo, hoy nos vamos á sacudir el polvo; la descubierta de ayer, y las noticias que corren, me hacen concebir que el camoatí está cerca y que hoy lo hemos de lamear.—¿Qué le parece, cabo? dijo al que formaba el costado derecho de la sección.

«Yo opino lo mismo, contestó; aunque nunca he hecho campañas, saco en consecuencia por las precauciones que se toman».

Todos prestaron atención á esta conversación porque el cabo sabía discutir sobre cualquier punto y discernía bien. El era un

mozo jovencito, rubio, de regular estatura; se hacía simpático á todos los que lo trataban.

Poseía una buena instrucción y un sano criterio; era hijo de Montevideo y nunca dejaba de recordar á su pueblo, en sus conversaciones. Afable en su trato, era buen compañero y mejor amigo.

«Cuántos de nosotros, prosiguió el cabo, vamos á morir, sin que nuestras familias puedan depositar una siempreviva en nuestra humilde tumba».

Interrumpió la conversación la orden de montar á caballo y comenzar la marcha.

Al mismo tiempo salió á ocupar el puesto de vanguardia un escuadrón de caballería, y una compañía de infantería montada se estableció á retaguardia, para la seguridad de la columna, recoger los rezagados y desprender los flanqueadores.

A las 6 de la mañana, cuando el sol despuntaba las primeras alturas para iluminar con sus rojizos rayos las prolongadas cuchillas, la columna hizo alto en una cuesta empinada y echó pie á tierra.

Pocos momentos después, la vanguardia envió el parte de que había descubierto un trillo que demostraba haber pasado una fuerte columna y un gran convoy, y que habiendo indagado entre los pobladores cercanos respecto á esas huellas, supo que á una legua y media se hallaban campados, en la costa de un arroyo, 1,500 hombres enemigos.

Enterado de esto, el coronel destacó á un oficial con 10 soldados para que reconociese el adversario lo más cerca posible de su posición, y levantase un croquis del campo, con todos los caminos, y demás detalles necesarios.

Ordenó á la vanguardia que lo esperara. Efectuada la incorporación dispuso la fuerza en dos líneas: la primera la constituía la mitad de nuestro batallón y 150 hombres de caballería, y la segunda el resto de la gente. La fuerza de caballería de la vanguardia atacaría de flanco al enemigo aprovechando al efecto las facilidades que el terreno ofrecía.

En este orden se inició la marcha y luego que hubo llegado la patrulla exploradora, la columna hizo nuevamente alto, pues había emprendido la marcha. Estábamos á 5,000 metros del enemigo, ocultos tras unas lomas.

NOTAS DE REDACCIÓN

ARTURO SANTA - ANNA

En el lacrimatorio en que toda una sociedad ha depuesto sus lágrimas lamentando la pérdida de Arturo Santa Anna, nosotros, apreciadores íntimos del inolvidable ausente, dejamos caer las que él merece, en medio del pasmo que aún tiene helada en nuestras venas la sangre, y entumecidos los vigores del espíritu, como si cierta parálisis de brutal inconciencia y cierta atentadora ebriedad de sorpresa amenguase estúpidamente la medida del dolor que experimentamos, cada día más, al recordar en Arturo un dulce calor de vida que nos acompañaba,—un aliento comfortable de amistad, que era caricia y consejo — una palabra melodiosa de artista ebrio que se echa á volar por mundos llenos de sol, y que en todos lados es alondra y en todos los corazones oxígeno que alegra!

Arturo era un privilegiado. La página de su vida es todo un poema de aleteos que buscan la altura y una garúa de rumores que armonizan el suelo. Era una caja de música y una máquina de volar! El tejido permeable de su sensibilidad extra exquisita, hacía de su alma una sensitiva apasionada de todos los vuelos y de todos los ruidos, y en su imaginación se imprimían delicadamente las intangibilidades de lo bello, los sonoros y etéreos resplandores de lo abstruso, las formas incognoscibles que visitan el aposento del artista y el jardín del poeta! Era enérgico y valiente, decidido y audaz y al mismo tiempo aristocrático, sensible, dulce y sentimental! Medio hombre y medio niño. Espíritu de bronce y de cera á la vez: Tenía la resistencia de un Paladión y la impresionable virginidad de un cilindro grafofónico.

Llegósele á decir que tenía más amigos que una cortesana y más adoradores que la Virgen de la Ayuda; y se le criticaba celosamente la democracia comunista de sus sentimientos que, como los manjares de Pascua, de Carlo Magno, eran para todos á la vez y jamás para uno solo!

Su cerebro era una poderosa máquina, alimentada por fluidos distintos, y cuya válvula reguladora, era la prudente heroicidad de un sajón dentro del levantisco empuje de un espartano.

Era un Athos de la caballeridad, un Gensonné de los idealismos, un Demetrio de las sensaciones afrodisiacas y un varón medioeval de los misticismos del pensamiento!

¡ Amaba y era adorable !

Sobre la sencilla lápida de su mausoleo podrían gravarse estas honrosas palabras :

¡ Fué esclavo de la amistad y emperador de los amigos !

Manuel J. Sumay, uno de los poetas y prosadores más brillantes de la nueva generación argentina, ha publicado en una de las revistas de la ciudad hermana, la hermosísima página que transcribimos en el presente número, página honrosa para nuestro amigo Roberto de las Carreras, pues como habrán visto nuestros lectores, se ocupa de la obra artística del citado compatriota, titulada « Sueño de Oriente », obra que, á nuestro juicio, lo repetimos, ha dado la nota más alta en el estilo y en la originalidad de las ideas, entre todas las que en el presente año han visto la publicidad en nuestro país.

La crítica de Sumay es, mejor dicho, una fantasía delicadamente poética y soñadora, que traduce en forma deslumbrante la impresión que el libro ha causado en un espíritu fino y sensible á lo Saint Víctor, que sueña con la pipa de opio en los labios humedecidos por el chipre, y se entrega á las cálidas voluptuosidades del beso que marea y del abrazo *que desploma!*

Sumay ha entendido la obra á la vez que se ha connaturalizado con el artista, y su espíritu libérrimo, despreciador de los pequeños escrúpulos monjiles y de los hipócritas convencionalismos sociales, ha soñado con Roberto de las Carreras, mordiendo con canallería sultánica la perfumada pipa y dejándose llevar por « Lucero del Alba » y « Estrella de la mañana » al tálamo real de los placeres más bestiales y más sublimes, que nos brinda la arcilla fosfórica que á decir de Byron fué el puñado de tierra con que Dios hizo al hombre !

Reciba Sumay nuestras sinceras felicitaciones!

Dedicada á Arturo Santa Anna, el malogrado y querido amigo que nos acaba de robar la muerte, apareció hace ya tiempo la bellísima composición de Roberto de las Carreras « Mi italiana », que hoy reproducimos en honor á su atrevida originalidad, á su delicado sabor sensual y á su ingenua y mordaz melancolía.

« Es la mía », exclamaba oportunamente Santa Anna, al referirse á esta hermosa composición de uno de sus íntimos, que días antes de su muerte, y como si presintiese la pérdida del amado compa-

ñero de locuras juveniles, ofrecióle el postrer homenaje de amistad, dedicándole su « Sueño de Oriente », como para que le acompañase en su eterno viaje al paraíso de Mahoma!

El más poeta de nuestros poetas tenía que darle la unción postrera al más amigo de los amigos!!

Fe de erratas.—En la hermosa poesía de nuestro inteligente compañero Luis Martínez Marcos, titulada « Palestina », que vió la luz en el número pasado de nuestra REVISTA, se deslizaron las siguientes faltas.

En la primera estancia, en el 9.^o verso, dice:

« que en la virtud de su PESAR sin sombra »

y debe decir:

« que en la virtud de su pensar sin sombra ».

En la tercera estancia, en el 4.^o verso, dice:

« que el TRISTE tañido del bronce? »

y debe decir:

« que el tañido del bronce? ».

En la misma estancia, verso 6.^o, dice:

« la espléndidez de un hombre »

y debe decir:

« la espléndidez de un nombre ».

En la cuarta estancia, verso 3.^o, dice:

« La rédención llegó de su caída »

y debe decir:

« La rédención llegó. De su caída »

En la séptima estancia le falta el 3.^{er} verso, que es:

« Se detiene bañando sus reflejos ».

En la undécima estancia, versos 3.^o y 4.^o, dice:

« La ingratitud de un pueblo y la IMPORTANCIA
de osco y negro origen ».

debe decir:

« La ingratitud de un pueblo y la impotencia
de osco y negro origen ».

En el número próximo nos ocuparemos, en esta sección, del libro de José G. del Busto, titulado « La Chacra ».